

Una solidaridad conflictiva: Chile ante la segunda guerra de independencia de Cuba (1895-1898)*

A Conflictive Solidarity: Chile Facing the Second Independence War of Cuba (1895-1898)

Ricardo López Muñoz**

Resumen

Un importante movimiento solidario se desarrolló en Chile en apoyo a la insurrección independentista cubana iniciada en 1895. Sin embargo, éste colisionó con el rechazo del gobierno a sus manifestaciones. A través de los registros en la prensa de la época y otras fuentes, se analizan las circunstancias de este choque, que puso en evidencia dos visiones distintas acerca de la idea de nación para Chile. Una de ellas había sido desarrollada y decantada por quienes lideraban la gestión del país; la otra emanaba de una comunidad diversa pero subordinada al poder de los primeros, que no obstante logró transitoriamente visibilizarla a través de sus prácticas solidarias con Cuba.

Palabras clave: Nación, Solidaridad, Cuba, Independencia, Americanismo.

Abstract

A prominent solidarity movement developed in Chile supporting the Cuban independence uprising that began in 1895. However, this movement collided with the Chilean government's rejection to their demonstrations. Through the press records of those times and other sources, the circumstances of this collision are analyzed, which made evident the existence of two different visions about the concept of nation in Chile. One of them had been developed and applied by those who were leading the country's affairs, the other emerged from a diverse community but subordinated to the power of the former ones, which nevertheless managed temporarily to make it visible through their solidarity actions for Cuba.

Key words: Nation, Solidarity, Cuba, Independence, Americanism.

Recibido: Octubre 2016.

Aprobado: Noviembre 2016.

* El artículo constituye una continuación de las reflexiones del autor desarrolladas en su tesis doctoral "El americanismo en Chile ante la expansión política y militar europea sobre América Latina (1861-1871)". Facultad de Filosofía y Humanidades. Escuela de Postgrado. Universidad de Chile, 2012.

** Chileno, Doctor en Estudios Latinoamericanos, académico de la Universidad Alberto Hurtado. Correo electrónico: rilomu@outlook.com.



INTRODUCCIÓN

La segunda guerra de independencia de Cuba,¹ iniciada en febrero de 1895, tuvo un significativo impacto en buena parte de la sociedad chilena. Sectores populares urbanos y sectores medios, miembros del ejército dados de baja a raíz de la guerra civil de 1891, junto con algunas figuras políticas vinculadas a los partidos Radical y Liberal balmacedista, expresaron su solidaridad con la causa cubana, participando en actos públicos, recolectando recursos pecuniarios, intentando influir sobre la política que al respecto sostuvo el gobierno, e incluso algunos ofreciéndose como voluntarios para concurrir a la isla a combatir junto a los insurrectos. Las expresiones solidarias fueron aún más relevantes ante la presencia en Chile de Arístides Agüero, representante del Partido Revolucionario Cubano,² expresamente enviado al país para potenciar y canalizar el apoyo a sus compatriotas. Sin embargo, esta corriente solidaria se enfrentó a la indiferencia e incluso la hostilidad del gobierno. Éste no demoró en declarar su neutralidad ante el conflicto en las Antillas y se hizo eco de las demandas de la representación diplomática de España, que sistemáticamente demandó reprimir las expresiones de apoyo a la causa cubana. A través del presente artículo nos proponemos analizar las circunstancias por las que un segmento plural de la sociedad chilena se sintió llamada a apoyar el proceso independentista cubano a contrapelo de la postura asumida por el gobierno, evidenciando en esta confrontación que sus actores se alineaban ante el conflicto antillano desde la manera como interpretaban su lugar y sus aspiraciones dentro de la cambiante sociedad que los cobijaba.

Al respecto, no es posible desconocer que la noticia de la nueva insurrección en las Antillas llegó a Chile cuando sus élites ejercen un poder omnímodo sobre todos los planos de la gestión del país. Las consecuencias de la guerra del Pacífico les han asegurado disfrutar de una enorme riqueza, y su victoria en la guerra civil de 1891 ha restringido las disidencias que habían surgido desde sus propias filas. Sin embargo, junto a ellas de manera creciente han adquirido presencia política y social sectores antes relativamente invisibles, ya fuera porque se encontraban en proceso de desarrollo o porque las propias élites los habían invisibilizado. Los sectores medios han crecido en número y en participación en los debates públicos. Lo mismo acontece con los sectores populares urbanos, que tienden a agruparse en distintas organizaciones gremiales y sindicales. A fines del siglo XIX, Chile era una sociedad en franca mutación.

Por otra parte, ya entonces se ha decantado un relato nacionalista que constituye el soporte ideológico del poder que ejercen las élites. Impera la idea de que Chile es un país marcadamente “civilizado”, de raigambre europea, excepcionalmente estable en sus dinámicas políticas –lo cual lo distingue de sus vecinos cercanos y lejanos de América Latina-, y donde sus habitantes han demostrado una indiscutible vocación guerrera. Así lo confirmaban los triunfos bélicos sobre Perú y Bolivia, y luego sobre los “bárbaros” mapuches. La guerra civil de 1891, en

¹ El primer proceso independentista cubano, llamado la “Guerra de los diez años”, se inició en 1868 y terminó en 1878 con un acuerdo entre las autoridades coloniales y una parte de los insurrectos. Los beligerantes pactaron la abolición gradual de la esclavitud, y la instalación de un régimen de apertura política en la gestión de la isla, aunque siempre bajo el control de la metrópoli. Al respecto ver a Eduardo Torres-Cuevas y Oscar Loyola Vega, *Historia de Cuba. 1492-1898. Formación y liberación de la nación* (La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 2002), 280-334; y a Oscar Zanetti, *Historia mínima de Cuba* (México D. F.: El Colegio de México / Turner Publicaciones, 2013), 162-178.

² El Partido Revolucionario Cubano, fundado por José Martí en 1892, aglutinó a la mayor parte de los independentistas de la isla. Iniciada la guerra en 1895, sus tareas se centrarían en las relaciones internacionales del movimiento insurrecto. Al respecto ver a Torres-Cuevas y Loyola Vega, *Historia de Cuba*, 337-355; y a Zanetti, *Historia mínima*, 178-191.

la que los chilenos se mataron entre ellos, no desmerece en nada estas virtudes. Casi todos aquellos con capacidad de expresar públicamente su opinión consideran como propias estas percepciones, más allá de que las resignifiquen, atendiendo a los cambios que venían aconteciendo en la estructura social del país y en las expectativas de sus actores.³

Bajo estas circunstancias llegó a Chile la noticia del inicio de la segunda guerra de independencia cubana, el 24 de febrero de 1895, generando un relevante movimiento solidario que rápidamente fue puesto en entre dicho por las autoridades políticas. Creemos que este movimiento, a través de sus iniciativas, vino cuestionar algunos de los componentes del relato nacionalista imperante al localizarse en una comunidad plural, donde un segmento, compuesto por actores de condición popular, se encontraba en proceso de cuestionar el orden social vigente al tiempo que interactuaba con aquellos sectores medios que se encontraban fuera del poder político, y que también –aunque de distinta manera- cuestionaban las formas por las que las élites imponían su hegemonía. Para ambos, sus prácticas solidarias en apoyo a los insurrectos cubanos constituyeron una oportunidad para visibilizar su visión acerca de la nación, interpelando así la perspectiva que al respecto tenía el gobierno y las élites que representaba.

“¡A LA ACCIÓN!” LA SOLIDARIDAD POPULAR

La primera expresión de solidaridad con los insurrectos cubanos aconteció en el traslado de Tiltil a Santiago de los restos de Manuel Rodríguez, el 26 de mayo de 1865. En una de las coronas que cubrían el carro mortuorio se leía: “Los mártires de Cuba, a Manuel Rodríguez”. El homenaje –que reunió sobre todo a obreros y artesanos- se cerró con la intervención de varios oradores, entre los que se encontraba el puertorriqueño Eugenio María de Hostos.⁴ Su discurso “...despertó en el público un entusiasmo indescriptible. El orador vivamente conmovido, habló de su patria y recordó los hechos gloriosos de la independencia de Chile. (...) Cuando el señor Hostos terminó su brillante discurso se dejaron oír grandes vivas en honor de Cuba y de sus denodados hijos que hoy luchan por su libertad”.⁵ Ese mismo día en Copiapó se celebró una reunión en apoyo a los independentistas, organizada por la Sociedad Literaria “Manuel Antonio Matta” y la “Sociedad de Artesanos”. La concurrencia al encuentro sería numerosa, y en ella “...el entusiasmo se manifestaba por momentos en ardorosos vivas a ¡Cuba independiente!, ¡a la

³ Son varios los historiadores que han abordado las singularidades del nacionalismo que impera en Chile a fines del siglo XIX. Tenemos presente los análisis que al respecto han hecho autores como Alejandro San Francisco, “‘La excepción honrosa de paz y estabilidad, de orden y libertad’. La autoimagen política de Chile en el siglo XIX”, en *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX*, Vol. 1, Eds. Gabriel Cid y Alejandro San Francisco (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2009), 55-84; Gabriel Cid, *La guerra contra la Confederación. Imaginario nacionalista y memoria colectiva en el siglo XIX chileno* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2011), 163-178; Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Vol. 2 (Santiago: Editorial Universitaria, 2011), 211-221; y a Carmen Mc Evoy, *Guerreros civilizados. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2011), 89-156.

⁴ El puertorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1903) residía en Chile desde 1889, invitado por el gobierno en su calidad de connotado educador. Había sido Rector del Liceo de Chillán, profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de Chile, y era Director del Liceo Miguel Luis Amunátegui. Desde el inicio del movimiento independentista cubano, se concentraría en apoyarlo. Para conocer la trayectoria de Hostos en Chile ver a Sonia Ruiz Pérez y Roberto Pérez Ruiz, *Eugenio María de Hostos. Educador puertorriqueño en Chile*, 2ª edición (San Juan, Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña: libro electrónico, 2006), http://academic.uprm.edu/sruiz/hostos_chile/index.htm (consultado el 14/09/16).

⁵ *La Lei*, Santiago, 28 de mayo de 1895.



América libre!, ¡a la confraternidad universal! y ¡al mundo republicano!”.⁶ Las manifestaciones de Santiago y Copiapó no solo evidenciaban la temprana simpatía de ciertos sectores populares con la causa cubana. Sus consignas convocaban a la movilización en nombre de valores que por entonces eran marginales –y eventualmente antagónicos- dentro del relato nacionalista predominante en el país.

Como quiera que fuera, rápidamente se incrementaron las expresiones solidarias. En Santiago, el directorio de la Confederación Obrera llamó a una gran “asamblea pública en favor de Cuba” para el 16 de junio en el gran salón de la Sociedad de Artesanos “La Unión”. En la convocatoria se decía “¡A la acción! (...) La Confederación obrera, compuesta de hombres de trabajo que conocen también la falta de libertad, puesto que gimen bajo otro yugo tiránico, la miseria, (...) escuchando los ecos patrióticos de todos los chilenos, encontrando en todas partes simpatías y sentimientos generosos para la libertad cubana, no ha trepidado en dar el primer grito de acción...”⁷ Dos días después la Confederación acordaba “Pedir al supremo gobierno provoque un Congreso americano con el objeto de solicitar de la corona de España declare libre a Cuba”, y exhortaba a “buscar erogaciones públicas” para apoyar a los independentistas.⁸ A la reunión del día 16 asistió una numerosa concurrencia “en su mayor parte, miembros de las diferentes sociedades de obreros que se aglutinaban en la Confederación”.⁹

Posteriormente, la Confederación llamó a un nuevo encuentro para el 23 de junio. Esta vez invitó “a todos los ciudadanos sin distinción de fortunas o ideas políticas o religiosas” a reunirse “en comicio público para arbitrar algún medio que en parte siquiera alivie la situación de nuestros hermanos los patriotas cubanos”.¹⁰ Al meeting concurren obreros, artesanos, y estudiantes universitarios. Además de los discursos de los dirigentes de las asociaciones obreras, tomaron la palabra representantes de la Academia de Leyes y de la de Ciencias Políticas de la Universidad de Chile y de la Escuela de Bellas Artes. A su vez, el primer Alcalde de Santiago, Alberto Luco Lynch, hizo llegar su adhesión a la reunión. Los asistentes acordaron solicitar al gobierno “que provoque un acuerdo de los gabinetes americanos para interceder ante la corte de España para la independencia de Cuba”. Posteriormente se informó que presidente de la República, al tomar conocimiento de las conclusiones del encuentro, “se manifestó complacido de los nobles sentimientos de americanismo que todo aquello significaba, y expresó que se haría un honor en someter las conclusiones a la consideración del consejo de ministros”.¹¹

En menos de un mes se hicieron evidentes al menos cuatro perspectivas alrededor de la manera cómo era abordada la solidaridad con Cuba desde los sectores populares. La primera fue la homologación de la causa antillana con la causa de los “hombres de trabajo”: la falta de libertad. Alcanzarla hermanaba sus luchas. La segunda se vinculaba con la visión de que la solidaridad involucraba a una comunidad que iba más allá de los sectores populares. De allí la apelación a que “los ciudadanos sin distinción de fortunas o ideas políticas o religiosas” se manifestaran. La tercera fue la de comprender el apoyo al proceso cubano integrado un conjunto de valores de vieja presencia en la historia republicana de Chile. La “América libre”, “la confraternidad universal” y el “mundo republicano”, formaban parte del acervo discursivo de quienes a lo largo del siglo XIX habían intentado de alguna forma modificar las estructuras del

⁶ *La Lei*, Santiago, 5 de junio de 1895.

⁷ *La Lei*, Santiago, 13 y 14 de junio de 1895.

⁸ *La Lei*, Santiago, 14 de junio de 1895.

⁹ *La Lei*, Santiago, 18 de junio de 1895.

¹⁰ *La Lei*, Santiago, 21 de junio de 1895.

¹¹ *La Lei*, Santiago, 27, 28 y 30 de junio de 1895.



poder político y social en el país. Y, finalmente, la cuarta perspectiva apuntaba al gobierno. De él se esperaba que se sumara –casi de manera natural- a la corriente solidaria en una lógica americanista, auspiciando y participando de iniciativas que debían ser compartidas por otros Estados latinoamericanos.

Estas perspectivas, en donde se cruza lo participativo y lo discursivo, tendieron a reafirmarse en las siguientes manifestaciones solidarias. El 27 de junio, una asamblea de obreros y estudiantes celebrada en la sala de la Sociedad de Socorros Mutuos “La Unión” de Linares, acordaba crear un “comité ejecutivo provisorio” para dirigir los trabajos de apoyo a la causa cubana en esa ciudad. La asamblea determinó también reconocer a la Confederación Obrera como directora del movimiento solidario.¹² También días antes, el 24 de junio, la colonia italiana de Iquique, agrupada en la Sociedad Republicana Socialista Giuseppe Mazzini, informaba haber organizado un comité cubano, y recolectado una respetable cantidad de fondos para ayudar a los independentistas.¹³ En la misma ciudad, en una reunión en el salón de la Sociedad Gran Unión Marítima, se constituía el 29 de junio el Comité Internacional Republicano Independiente de Cuba. Este Comité, con el apoyo de la Sociedad Sud-Americana de Señoras número 1, organizaba -el 14 de julio en el Teatro Municipal- un acto de apoyo a Cuba a la que asistieron más de cuatrocientas personas.¹⁴ El mismo día, en Santiago, los alumnos del Instituto Nacional y del Liceo Miguel Luis Amunátegui organizaban un meeting y un concierto para recaudar fondos y remitirlos a la isla. Entre quienes tomaron la palabra en ese encuentro se encontraban representantes de los primeros y segundos años de la Academia de Leyes y Ciencias Políticas del Instituto Pedagógico, de la Escuela de Medicina, de la Sociedad Manuel Rodríguez, los alumnos internos y externos del Instituto Nacional, del Liceo Santiago, del Instituto Internacional, de la Escuela de Artes y Oficios, y de los militares de la Guerra del Pacífico.¹⁵ Por entonces, ya había aparecido en Santiago *El Americano*, un periódico exclusivamente dedicado a apoyar la causa cubana.¹⁶

UN INSURRECTO CUBANO EN CHILE

En medio del creciente movimiento solidario se anunció la llegada a Chile de Arístides Agüero, delegado del Partido Revolucionario Cubano (PRC). Hubo entonces una amplia convocatoria para acogerlo masivamente en la Estación Central de ferrocarriles, el 6 de octubre. Un día antes se publicó la lista de las asociaciones que concurrirían a su recibimiento, la que ratificaba que la solidaridad la articulaban los sectores populares:

Confederación Obrera, Protección de la Mujer, Fraternidad de Ambos Sexos, Unión de los Tipógrafos, Unión de Artesanos, Sociedad de Sastres, Filarmónica de Obreros, Inválidos de la guerra y Veteranos, Fermín Vivaceta de Carpinteros, Miguel Ángel de

¹² *La Lei*, Santiago, 11 de julio de 1895.

¹³ *La Lei*, Santiago, 26 de junio de 1895.

¹⁴ *La Patria*, Iquique, 1º, 3, 13 y 15 de julio de 1895.

¹⁵ *La Lei*, Santiago, 13, 14 y 16 de julio de 1895.

¹⁶ Al menos en Santiago, solo dos periódicos respaldaron de manera abierta y sostenida la causa de los insurrectos cubanos: *Le Lei*, órgano del Partido Radical, y *La Nueva República*, vinculado al balmacedismo. A estos se sumó *El Americano*. El resto de la prensa, o no asumió posición ante los acontecimientos en la isla, o apoyó abiertamente al colonialismo español.

Pintores, Vicuña Mackenna de Cigarreros, Filarmónica José Miguel Infante, Unión Andrés Bello, Igualdad de Conductores de Carruajes, Musical de Socorros Mutuos, Artesanos del Progreso, Sociedad El Porvenir, Filarmónica Francisco Bilbao, Gremio de Abasto, Temperancia de Ambos Sexos, Logia Temperancia 21 de Mayo, Fraternal de Joyeros, Empleados de Farmacia, Empleados Peluqueros, Fomento de Ahorro Antonio Poupín, Maquinistas y Fogoneros de los Ferrocarriles del Estado, Igualdad y Trabajo, Manuel Rodríguez, Ahorros Amador Rodríguez, Ahorros Juan Gutemberg, Comerciantes del Mercado Central, Ahorros José Miguel Carrera, Filarmónica Unión, Cerrajeros y Herreros, Sociedad de Carroceros, Gásfiteros y Hojalateros.¹⁷

Más de ocho mil personas concurren a recibirlo y a acompañarlo en su trayecto en un coche descubierto hasta el lugar donde residiría.¹⁸ Posteriormente, el cubano no demoraría en iniciar una gira por el sur del país, empezando por Talca, en donde fue recibido masivamente el 4 de noviembre en la estación de ferrocarriles.¹⁹

Su presencia, o el anuncio de su presencia, motivaron espontáneas reacciones de apoyo. Por ejemplo, encontrándose en Cauquenes, recibía la contribución del pueblo de Cabrero. En una carta fechada el 9 de noviembre le decían: “Con patriótico entusiasmo nos permitimos cooperar con el insignificante óbolo de diez pesos para ayudar a la gran causa por la que lucha vuestra patria: ¡la libertad! (...) Ello señor no tiene otro mérito que ser parte de nuestro trabajo, fuente de riquezas de los pueblos libres. (...) Vecinos de la Estación Cabrero”.²⁰ Varias organizaciones de Chillán, entre ellas “la juventud de todos los partidos políticos y miembros de asociaciones de obreros y de empleados, como la Sociedad de Artesanos de La Unión, el Club Musical y la Sociedad Vicuña Mackenna” promovieron su visita.²¹ En Curicó, un editorial de la prensa local señalaba respecto a Agüero: “en su gira por los pueblos del Sur, visitará o no a Curicó; pero en todo caso juzgamos que la iniciativa que corresponde a los hijos del pueblo para adherirse al movimiento en favor de Cuba, debe tener su palmaria manifestación”.²² El delegado cubano visitó Curicó el 24 de noviembre. A recibirlo concurrió “una cantidad inmensa de pueblo (...) sin distinción de clases, partidos o condiciones.” Las autoridades, encabezadas por el alcalde, brindaron todo tipo de atenciones a la ilustre visita.²³ Como efecto de su paso por la ciudad, a inicios de diciembre se presentaba al Intendente de la provincia una carta –firmada por más de doscientas personas- a nombre del pueblo de Curicó, donde se le pedía “...dirigirse al Poder

¹⁷ *La Lei*, Santiago, 5 de octubre de 1895. Ciertamente, estas asociaciones conforman un universo social muy diverso. Algunas reúnen a individuos que pueden ser definidos como obreros. En otros casos, agrupan a artesanos especializados. Sin embargo, también algunas reúnen a personas que podrían ser identificadas como de “clase media” (Fraternal de Joyeros, Empleados de Farmacia, Empleados Peluqueros), tal como lo plantea Marianne González Le Saux, *De empresarios a empleados. Clase media y Estado Docente en Chile, 1810-1920* (Santiago: LOM Ediciones, 2011). Pero en todos los casos, los adherentes a estas asociaciones no forman parte de las élites y éstas en general los ubican como parte de una comunidad plebeya, distinta y subordinada a su poder.

¹⁸ *El Americano*, Santiago, 10 de octubre de 1895.

¹⁹ *La Lei*, Santiago, 7 de noviembre de 1895.

²⁰ *El Americano*, Santiago, 24 de octubre de 1895. La redacción de este periódico también se transformó en un centro de recepción de las contribuciones a favor de Cuba. En la misma edición se informaba que habían recibido de la Estación de Rengo una carta que incluía la suma de cuarenta pesos.

²¹ *La Lei*, Santiago, 12 de noviembre de 1895.

²² *La Provincia*, Curicó, 6 de noviembre de 1895.

²³ *La Provincia*, Curicó, 27 de noviembre de 1895. En la misma edición se incluía la lista de personas que habían contribuido con dinero a la causa cubana. También se hacía mención aparte de la contribución de la Sociedad de Artesanos de Curicó.



Ejecutivo y al Congreso Nacional por medio de sus representantes en ambas Cámaras, manifestándoles que vería con agrado que los Poderes de la República reconocieran la beligerancia del gobierno que hoy día rige los destinos de la República de Cuba en guerra contra la monarquía española”.²⁴ Posteriormente Agüero se trasladó a Chillán y Concepción donde nuevamente recibió relevantes expresiones de simpatía a su causa.²⁵ Todo esto acontecía junto a manifestaciones espontáneas de solidaridad provenientes del mundo popular, como era el caso de las erogaciones que recogían los niños suplementeros de Santiago y los empleados de los ferrocarriles a fines de noviembre.²⁶ También se recolectaron fondos en los pueblos de provincias sin que el delegado cubano pasara por estos lugares. En Traiguén y Molina se informaba, a inicios de diciembre, de campañas para reunir dinero y enviarlo a los insurrectos.²⁷ En definitiva, la presencia en Chile del representante de los cubanos en armas había tenido como efecto potenciar una singular y por momentos masiva movilización ciudadana en respaldo de su causa, que al mismo tiempo visibilizaba una cultura americanista que consideraba como lógico interpelar al gobierno para que se sumara al apoyo a Cuba. Sin embargo, para Agüero, esto último era un problema.

Para el agente cubano lo fundamental era contar con el apoyo de aquellos sectores sociales que podían aportar las mayores sumas de dinero, y sobre todo incidir en la política del gobierno, que había declarado su neutralidad ante el conflicto. En este sentido, lo primero que había hecho al llegar a Santiago fue reunirse en el Club del Progreso –vinculado al Partido Radical- con Belisario García y el diputado Guillermo Matta.²⁸ Posteriormente, en Valparaíso, el 28 de octubre fue recibido en la sede porteña del Partido Radical, invitado por el vicepresidente de esa organización Manuel Feliú.²⁹ De estos y otros encuentros del mismo tenor surgió a inicios de noviembre una singular asociación, la *Sociedad Unión Americana*. La institución reunió a figuras de los sectores medios y a algunas que podían ser identificadas como integrantes de las élites. Entre sus miembros más prominentes se encontraban Pedro Pablo Figueroa, Belisario García, Guillermo Matta, Francisco Puelma Tupper, Eugenio María de Hostos y el cubano residente en Chile Nicolás Tanco, quien también era el fundador de *El Americano*. La *Sociedad* tomaba el nombre de una asociación homóloga que había existido en el país en la década del sesenta. Ella había liderado un vigoroso americanismo solidario con los países hispanoamericanos que entonces eran víctimas del intervencionismo europeo y del que el propio país no escaparía. En ese contexto también había apoyado al independentismo cubano.³⁰ El

²⁴ *La Provincia*, Curicó, 11 de diciembre de 1895.

²⁵ *La Lei*, Santiago, 19 de diciembre de 1895; y *El País*, Concepción, 29 de diciembre de 1895.

²⁶ *La Lei*, Santiago, 26 y 27 de noviembre y 14 de diciembre de 1895. Las sumas que los niños suplementeros podían aportar eran pequeñas. En la lista con sus nombres –y apodos- publicada el día 14, aparecen cuarenta de ellos. Sus aportes oscilaban entre los veinte y los cincuenta centavos. Sin embargo, a la fecha ya habían reunidos más de treinta pesos.

²⁷ *La Lei*, Santiago, 7 y 10 de diciembre de 1895.

²⁸ *La Lei*, Santiago, 10 de octubre de 1895.

²⁹ *El Mercurio*, Valparaíso, 29 de octubre de 1895; *La Lei*, Santiago, 29 de octubre de 1895.

³⁰ La primera *Sociedad Unión Americana* fue fundada en Santiago en 1862, reuniendo sobre todo a figuras vinculadas al liberalismo disidente con el gobierno de José Joaquín Pérez. Su actividad se centraría en solidarizarse con Santo Domingo, anexada por España en 1861; con México, ocupado por Francia a partir de 1862; con Perú, intervenido por España desde 1864; y finalmente se integraría al gobierno para enfrentar la guerra que España le declarara al país en 1865. También apoyaría al independentismo cubano y puertorriqueño radicado por entonces en el exilio. Respecto a esta asociación y su actividad solidaria ver a Ricardo López Muñoz, *La salvación de la América; Francisco Bilbao y la Intervención Francesa en México* (México D. F.: Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1995), 27-43; “La solidaridad chilena con la primera guerra de independencia de Cuba: sus tensiones y

nombre de la nueva asociación traía así al presente una vieja tradición americanista aún anidada en la memoria de los sectores ilustrados que a fines del siglo XIX eran solidarios con Cuba.

La agrupación se propuso influir en aquellos sectores más conspicuos de la sociedad chilena, eventualmente en quienes hasta entonces se habían mostrado reticentes a expresar su solidaridad con los cubanos. Para ello, su primera iniciativa fue organizar un encuentro solidario prominente y distinguido, convocando para el domingo 22 de diciembre a un gran concierto a beneficio de la Cruz Roja cubana en el Teatro Municipal de Santiago. Sin duda, era una convocatoria a un evento propio de personas “ilustradas” y “civilizadas”, en un espacio elegante, y al servicio de una institución de evidente sello benéfico. El día del concierto, a la hora convenida, se reunieron los numerosos asistentes ante las puertas del teatro. Entonces, irrumpió la policía.

CONTRA LA INSURRECCIÓN CUBANA

El gobierno había vetado la autorización municipal para realizar el concierto y envió a las fuerzas de orden para impedirlo. Mas de tres mil indignadas personas decidieron entonces marchar hacia la Legación de España, dando vivas a Cuba y a Arístides Agüero. Pero al llegar, nuevamente irrumpió un piquete de policía. Una detonación hizo creer que se abría fuego sobre los manifestantes, sin embargo estos conservaron la calma y se retiraron del lugar. Poco después llegaron a la Legación el Prefecto y el Sub Prefecto de policía, el Secretario de la Intendencia y el Subsecretario del Interior. Este último, en nombre del gobierno, presentó “las más cumplidas excusas y protestas por el atentado”³¹ a los diplomáticos españoles.

Dos razones parecen estar al origen de la represión al acto solidario. Una era la presión del embajador español Salvador López Guijarro, quien desde que supo de la llegada a Chile de Agüero exigió a las autoridades chilenas la prohibición de cualquier manifestación en su apoyo.³² Sin embargo, la acción represiva expresaba también una no muy disimulada identidad cultural de las élites con España. Existía una tradición hispano-católica enraizada con mayor o menor fuerza entre sus distintos segmentos. Parte de sus referentes identitarios se apoyaban en su supuesto “origen” hispano (castellano-vasco) y en una fuerte adhesión al catolicismo más conservador, también de raíz hispana. Esta tradición, aunque maleable a las circunstancias de la propia evolución histórica de las élites, había estado y estaba presente como uno de los factores de su diferenciación ante el resto de la sociedad. Era parte de su “orgullo de casta” y del sistema de valores que moldeaba su conducta social. La Madre Patria representaba la tradición ancestral de su nobleza y distinción, al mismo tiempo que el catolicismo estructuraba su comportamiento. Es cierto que entonces las élites miraban también hacia Francia e Inglaterra como referentes culturales, pero lo hacían desde su perspectiva

contradicciones,” *Revista de Historia y Geografía* 32 (2015), 53-76; y “«El único homenaje que nos era permitido: el de nuestros aplausos». Chile ante la anexión de Santo Domingo por España”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, Año LXXVII, Vol. XL, n° 141 (enero – abril, 2015), 65-102.

³¹ *La Lei*, Santiago, 23 de diciembre de 1895; *El Americano*, Santiago, 26 de diciembre de 1895; y *El Noticiero Español*, Santiago, 26 de diciembre de 1895.

³² Desde antes de la llegada de Agüero a Chile sistemáticamente el embajador español había demandado del gobierno prohibir las manifestaciones de simpatía a la insurrección y que ningún funcionario público participara en ellas, demandas que siempre fueron acogidas por las autoridades. Al respecto ver las notas intercambiadas entre el agente español y el ministro de relaciones exteriores en el *Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores*, Vol. 662, foj. varias, s/n, en el Archivo Histórico Nacional.



más frívola. La Europa moderna era el patrón a copiar para el buen vivir “civilizado”. De allí venían los estilos arquitectónicos de sus viviendas, la moda, el gusto por la refinación. Pero ni el referente hispano-católico ni el europeo estaban en contradicción. Las élites chilenas eran afrancesadas o británicas para vivir y competir entre sí, pero hispana y católica para diferenciarse del ciudadano común. Frente a esta construcción identitaria chocó la solidaridad con la guerra de independencia cubana de 1895. Con ella la hispanidad de las élites resultaba cuestionada y eso no era posible tolerarlo. El acto convocado en el Teatro Municipal fue la gota que colmó su mal disimulada incomodidad ante aquel movimiento social, compuesto por “rotos” y advenedizos, que esta vez incluso pretendía invadir uno de sus salones más exclusivos³³. La forma que había adquirido esta autopercepción de las élites fue observada tempranamente por Arístides Agüero, y así se lo informaba recién llegado a Santiago a Tomás Estrada Palma, Delegado del PRC en Nueva York, el 16 de octubre de 1895:

...los demócratas, radicales, obreros y estudiantes están con nosotros, pero los conservadores y clericales nos hacen guerra sorda: razones. (...) 1°. Creen representa España el catolicismo y defiéndenla con calor influenciados por el clero español que aquí es numeroso e influyente,... (...) 2°. Hay mucho orgullo de clase y sangre, todos quieren ser herederos directos de los héroes iberos de la conquista y edad media: se enorgullecen de la raza, de la Madre patria, etc. (...) 3°. El ministro español está relacionado muy bien, es santurrón, intrigante, los halaga defendiendo su genealogía española, etc., temen disgustarse con él y que les descubra los títulos de pega que aquí presentan si no todos, la mayor parte.³⁴

A partir de esta constatación, Agüero intentó establecer un contacto empático con aquellos sectores que se mostraban refractarios a la causa que promovía. El 9 de octubre, Hostos le escribía a Estrada Palma que al día siguiente de la llegada del cubano lo había reunido “con la familia del General Holley, que es una de las potencias de la actualidad; con otra familia ligada a vastas influencias, y con una solterona, ni joven ni bonita ni rica, pero que tiene un conocimiento completo de lo que es esta sociedad (dificilísima de conocer y de tratar por su singularidad, su catolicismo, su aristocratismo y su exclusivismo).” Con estos contactos el puertorriqueño esperaba que Agüero pudiera vincularse “con Holley, al Gobierno; con sus deudos al partido balmacedista; con su consejera, a las mujeres que se llaman aristócratas”.³⁵

Con estas expectativas la *Sociedad Unión Americana* programó el concierto en el Teatro Municipal santiaguino, el que debió constituir una inflexión en la solidaridad que hasta entonces desplegaba parte de la sociedad chilena, encabezada sobre todo por los sectores populares. De alguna manera, se trataba de disputar este liderazgo en función de la efectividad de la solidaridad, incorporando a ella a actores influyentes en el concierto de la política del país.

³³ En el Teatro Municipal de Santiago se efectuaban sobre todo presentaciones de ópera. Este género fue “la expresión más selecta del circuito de arte culto y de la sociabilidad” de las élites chilenas de fines del siglo XIX. Las temporadas de ópera transformaban al teatro en un espacio donde sus miembros mostraba su “ser aristocrático”, su vestimenta, sus ademanes de distinción social. Al respecto ver a Subercaseaux, *Historia de las ideas*, 430-431.

³⁴ “De Arístides Agüero a Tomás Estrada Palma”, en *Correspondencia Diplomática de la Delegación Cubana en Nueva York durante la Guerra de Independencia de 1895 – 1898*, Vol. II (La Habana: Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1944), 27-28.

³⁵ “De Eugenio María de Hostos a Tomás Estrada Palma,” en *Cartas*, Eugenio María de Hostos, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, consultado el 16/09/16. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/cartas/html/ee15566c-4b16-11e0-9a85-00163ebf5e63_13.html.

Y en efecto, el acto había sido una inflexión, pero en sentido contrario al esperado. El gobierno y las élites hicieron evidente su desinterés por la causa cubana, y demostraron que en su apoyo veían un cuestionamiento a su estatus y a la valoración que tenían de si mismas. Tres meses después de lo acontecido en el Teatro Municipal el juicio de Agüero acerca de las élites chilenas y latinoamericanas era lapidario:

...existe por acá una aristocracia muy pretenciosa, son amigos de galones, condecoraciones, etc., pues bien, España distribuye a granel (...) medallas, etc., y los amarra a su cetro. (...) Don Aniceto Arce [ex Presidente de Bolivia]... me contaba una vez: “yo no puedo formar parte del Comité Cubano, ni apoyar a Cuba; soy Comendador de Carlos III”. Más no crea que sólo entre los políticos existe tal criterio, en Chile, el célebre lexicólogo y escritor D. Eduardo de la Barra –que tiene una poesía dedicada a Cuba- me decía “me es imposible escribir ni hablar sobre la cuestión cubana: soy Corresponsal de la Academia Española”. Lo mismo me dijo Ricardo Palma en Lima. (...) Se vanaglorian de ser muy republicanos; muy liberales; muy americanistas; pero ninguno quiere presentarse en la arena: ya temen destituciones de diplomas y títulos, ya creen ser menos aristócratas “apoyando causa revolucionaria”, ora se disculpan con obligaciones de gratitud personales, ora con un supuesto amor a la madre patria.³⁶

LA SOLEDAD DE UNA SOLIDARIDAD CONFLICTIVA

A partir de 1896 y hasta el término de la guerra, la solidaridad con la insurrección cubana tendrá un ritmo más pausado, quizá como consecuencia de la actitud asumida por el gobierno y las élites. En Santiago, la *Sociedad Unión Americana* continuó sosteniendo su apoyo a los cubanos, realizando conferencias una vez al mes, por alguno de sus miembros. Al mismo tiempo, inició un proceso de institucionalización, dotándose de estatutos y procurando sumar a sus filas a figuras prominentes, en un intento de potenciar su gestión política. Invitó entonces a algunos de los antiguos integrantes de la primera *Sociedad Unión Americana* para incorporarlos como miembros honorarios. Algunos de ellos respondieron afirmativamente.³⁷ Sin embargo, reflejando el cambio que había acontecido en la percepción de las élites acerca de América Latina y del lugar del país en ella, otros rechazaron el ofrecimiento. La respuesta a la invitación de Marcial Martínez, que en 1865 había sido embajador de Chile ante el Perú, militante de la antigua *Sociedad* y un fervoroso americanista, fue indicativa de la relectura que hacía de sus pasadas convicciones:

Hoy sería muy difícil discernir si la antigua Sociedad “Unión Americana”, produjo algún fruto, en los conflictos de México y del Perú. No sería avanzado afirmar que la acción de esa Sociedad, en el primero de los conflictos, fue estéril, y en el segundo acarrió al país innumerables males, como son, una guerra, gastos, compromisos que aún subsisten, animosidades entre Chile y el Perú, etc. (...) Emito estas ideas muy a la ligera, con el sólo objeto de manifestar a usted francamente que no considero que la Sociedad pueda allegar

³⁶ De Aristides Agüero a Enrique José Varona, Sucre, 25 de marzo de 1896, Archivo Nacional de Cuba, La Habana, Fondo Donativos y Remisiones, Leg. 116, N° 311.

³⁷ *La Lei*, Santiago, 4, 14 y 22 de enero de 1896.



un contingente apreciable a la causa de la independencia de Cuba.³⁸

Por otra parte, asociaciones obreras y agrupaciones ciudadanas de provincia siguieron impulsando diversas actividades para manifestar su apoyo a la causa cubana y para recolectar fondos. Arístides Agüero también siguió desarrollando un activo trabajo de proselitismo. El 17 de febrero se encontraba en Quillota en donde fue recibido masivamente en el mismo teatro donde en 1874 se había acogido al general cubano Manuel de Quesada, durante la primera guerra de independencia de la isla.³⁹ Posteriormente, el 3 de marzo, concurre a la sede del Club Radical en Valparaíso, en donde su dirigencia regional le reiteró su solidaridad.⁴⁰ El 15 de marzo participó en un concierto a favor de Cuba en Los Andes, y el 7 de abril, de regreso a Santiago, dictó una conferencia en el Club Radical junto con la directiva de la *Sociedad*.⁴¹ Luego, en julio, se trasladó a La Serena donde fue recibido por un Comité Cubano encabezado por el diputado balmacedista Santos Cavada. El día 5 dictó una conferencia y el 9 otra especialmente dedicada a las mujeres serenenses. Recibió además las erogaciones de los alumnos internos del Liceo de La Serena y de las profesoras de la Escuela Normal de Preceptoras.⁴² A fines de julio aparecía *La guerra de Cuba y los principios sobre la beligerancia* de Miguel Tagle Arrate. Su autor, refiriéndose a los parlamentarios que en 1869 participaron en los debates del Congreso alrededor del reconocimiento de la beligerancia de los insurrectos de la primera guerra de independencia cubana⁴³, señalaba: “¿qué fue de tanto entusiasmo, qué fue de tanto americanismo, cómo el de que alarde hicieron? (...) ¿No hay siquiera alguno de ellos en el Senado, en donde pueda levantar la voz a favor de la libertad?”⁴⁴

Asimismo, en el curso de 1896 se hizo evidente un cambio dentro de las fuerzas sociales que impulsaban la solidaridad. Si bien el movimiento popular urbano continuó siendo un actor relevante en el apoyo a los insurrectos cubanos, poco a poco comenzó a tener preeminencia en las convocatorias solidarias la *Sociedad Unión Americana*.⁴⁵ Ello se hizo evidente cuando llegó a Chile la noticia de la caída en combate del Lugarteniente General del Ejército Libertador cubano, Antonio Maceo.⁴⁶ La *Sociedad* convocó a un meeting en homenaje al caído, que se celebró el 21

³⁸ *La Lei*, Santiago, 25 de enero de 1896.

³⁹ *La Lei*, Santiago, 22 de febrero de 1896.

⁴⁰ *La Lei*, Santiago, 4 de marzo de 1896.

⁴¹ *La Lei*, Santiago, 19 de marzo y 8 de abril de 1896.

⁴² *La Reforma*, La Serena, 3, 6, 8 y 10 de julio de 1896.

⁴³ Sobre esta discusión parlamentaria de 1869 ver a López Muñoz, “La solidaridad chilena,” 63-66.

⁴⁴ J. Miguel Tagle Arrate, *Cuba y los principios sobre la beligerancia* (Santiago: Imprenta de “La Democracia”, 1896), 117. Este libro llegó a tener dos ediciones.

⁴⁵ Se debe tener presente que por entonces el movimiento popular urbano chileno, congregado alrededor de múltiples formas de organización, tendía a expresarse de manera dispersa, centrado sobre todo en las reivindicaciones sociales de sus adherentes, a las que había sumado la causa de Cuba. A pesar de su creciente relevancia, este movimiento aún estaba en proceso de desarrollo desde una perspectiva organizacional. Sobre la evolución de las organizaciones populares en el período ver a Sergio Grez Toso, “La trayectoria histórica del mutualismo en Chile (1853-1990); apuntes para su estudio,” *Mapocho*, n° 35 (primer semestre de 1994), 301-304; y Fernando Ortiz Letelier, “El movimiento obrero en Chile (1891-1919),” en *Antecedentes* (Madrid, Libros del Meridión, 1985), 140-141.

⁴⁶ Antonio Maceo y Grajales era una figura mítica entre los independentistas cubanos. Al término de la Guerra de los Diez Años lideró a los oficiales insurrectos que se negaron a entregar las armas a España, en lo que sería conocido como la “Protesta de Baragua”. A partir de 1895 asumió el segundo más alto grado dentro del nuevo Ejército Libertador y encabezó las tropas que invadieron de oriente a occidente la isla. Figura muy popular y respetada, era reconocido como un estratega militar, por su bravura en el combate y por su alto sentido ético. En Chile su trayectoria fue comparada con la de Manuel Rodríguez. Entre la numerosa bibliografía relativa a este héroe cubano

de diciembre en plena Alameda. Diversas asociaciones populares concurren, trayendo banderas chilenas, cubanas y los estandartes de sus agrupaciones. Después de un discurso de Belisario García, se dio inicio a un desfile en el que participaron más de cinco mil personas. Al terminar la manifestación el presidente de la *Sociedad* Francisco Puelma Tupper, se dirigió a los asistentes proponiéndoles solicitar al Congreso el reconocimiento de la beligerancia de los insurrectos cubanos: pedirle al Presidente de la República que le demandara al gobierno español un trato humanitario “a nuestros hermanos de Cuba”, y que las asociaciones presentes delegaran en la *Sociedad Unión Americana* presentar los dos primeros acuerdos.⁴⁷ Desconocemos el resultado de la última propuesta, pero sin duda, la *Sociedad* de alguna manera pasaba a encabezar al movimiento solidario con Cuba.

Empero, cualquiera que fueran las gestiones de la *Sociedad* para llevar a hecho sus propuestas, el gobierno no modificó su conducta. Es más, continuó dando acogida a las reclamaciones del representante diplomático español. Por ejemplo, ante la presencia de Agüero en La Serena, éste había teleografiado al vicecónsul en esa ciudad para que protestara ante el Intendente en caso de que algún funcionario público asistiera a los “espectáculos” organizados para recibir al cubano. Debido a que efectivamente asistieron el Secretario de la Intendencia y otros funcionarios a uno de los actos solidarios, el vicecónsul había presentado la protesta, ante la que el Intendente respondió lamentando el “incidente”, comprometiéndose a evitar su reiteración.⁴⁸

A partir de 1897 la adhesión a la causa de Cuba gravitó alrededor de la *Sociedad Unión Americana*, la que continuó celebrando encuentros con motivo de fechas trascendentes como, por ejemplo, la del 24 de febrero –fecha del inicio de la guerra–, o auspiciando reuniones artísticas a beneficio como la función de gala que el Circo Nelson celebró el 26 de junio en Santiago. También siguió recibiendo y canalizando el dinero que a favor de los insurrectos se recolectaba a lo largo de Chile⁴⁹. En paralelo, acontecerían muestras independientes de simpatía con Cuba. A mediados de enero salía a la venta un retrato “del gran capitán cubano Antonio Maceo” en dos clases de papel “para ponerlo al alcance de todas las fortunas”.⁵⁰ El 6 de abril el Circo Océano estrenaba un episodio histórico en cuatro actos que llevaba el nombre del general cubano⁵¹. El 4 de junio los alumnos del Liceo Miguel Luis Amunátegui organizaban una sociedad gimnástica que también llevaría el nombre de “Antonio Maceo”.⁵² Por su parte, la prensa –que abierta y sostenidamente respaldaba la causa cubana– dedicó varios de sus editoriales a demandar de los gobiernos americanos y del chileno el reconocimiento de beligerantes para los insurrectos de la isla.⁵³

se destaca la de José Luciano Franco, *Antonio Maceo, apuntes para una historia de su vida*, 3ra. edición (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1989).

⁴⁷ *La Lei*, Santiago, 22 de diciembre de 1896.

⁴⁸ *El Noticiero Español*, Santiago, 16 de julio de 1896.

⁴⁹ Por ejemplo, el 14 de enero la Confederación Obrera hacía llegar a Guillermo Matta, presidente honorario de la Sociedad, un cheque del Banco Popular por valor de 145.20 pesos, fruto de lo recolectado por la organización para apoyar a los cubanos. *La Lei*, Santiago, 18 de febrero de 1897.

⁵⁰ *La Lei*, Santiago, 16 de enero de 1897.

⁵¹ *La Lei*, Santiago, 6 de abril de 1897.

⁵² *La Lei*, Santiago, 4 de junio de 1897.

⁵³ Ver los editoriales de *La Lei*, Santiago, del 15 de enero, 14 de agosto, 21 de septiembre de 1897, y 14 de febrero de 1898. También Eugenio María de Hostos sostuvo una columna de opinión sobre la situación de Cuba en *La Ley* durante los meses de septiembre, octubre y noviembre, con el título de “Cartas públicas acerca de Cuba: al honorable senador de la República don Guillermo Matta”. No obstante, en esta etapa ya había desaparecido *El Americano*. Sus



Sin embargo, por entonces la mayor y más rotunda expresión de solidaridad chilena con la isla no se desarrollaba en el país, sino en Cuba. Ya era de público conocimiento que al menos dieciocho chilenos se habían trasladado a las Antillas para combatir junto a los insurrectos. Casi todos eran antiguos oficiales del Ejército, dados de baja a consecuencia de haber participado del bando del presidente Balmaceda en la guerra civil de 1891. Al trasladarse a Cuba –casi siempre a costa de sus propios recursos- habían llevado la solidaridad hasta el estoicismo, sumándose a una guerra en la que deberían demostrar su coraje y dotes de mando para ser seguidos y respetados por tropas y oficiales que desconocían sus antecedentes militares, y donde el único premio que podían alcanzar era contribuir a la independencia de Cuba. De ellos tenía la más alta opinión quien los avaló ante el PRC para su traslado a la isla, Arístides Agüero:

(...) *mis chilenos* son hombres aguerridos y excelentes instructores –cosa muy necesaria para nosotros- no sólo de guerra clásica, etc., sino de guerrillas y montoneras; han sido también ejercitados en guerra muy parecida a la nuestra en la campaña del 91. Ellos saben lo que es hambre, sed y desnudez pues en su mismo país la soportaron. (...) Estos oficiales pertenecen a un ejército valiente, sufrido y sumamente disciplinado; es decir, que obedecen sin discutir, avanzan a la muerte serenos y tienen un amor propio de valor y sacrificio extraordinario. (...) En Chile hay un entusiasmo grandísimo por Cuba y si más cerca estuviera tendríamos miles de chilenos en campaña...⁵⁴

Sólo a comienzos de 1898, cuando comenzó a hacerse inminente la intervención militar de los Estados Unidos en las dos colonias españolas de las Antillas, cambiaron las circunstancias en que se desarrollaba la solidaridad con Cuba. Un editorial de *La Lei* del 28 de abril de 1898, evidenció este cambio: “Los diarios católicos a firme, como *El Porvenir*, y los que son católicos por temporadas, como *La Tarde* y *El Chileno*, se han puesto a rogar a Dios por que la suerte de las armas sea favorable a España en el conflicto en que está empeñada con los Estados Unidos. (...) la prescindencia se nos impone como regla; y cualquiera que sea el resultado del conflicto, los sud-americanos sólo debemos pedir que este resultado traiga por consecuencia la independencia de la isla de Cuba”.⁵⁵ Por otra parte, la “Resolución Conjunta” del Congreso de los Estados Unidos,⁵⁶ fue saludada por la *Sociedad Unión Americana*. El 4 de junio de 1898 emitió una circular en donde en una de sus partes decía: “...la Sociedad Unión Americana saluda la aurora de libertad que se levanta para Cuba republicana. (...) ¡Bendita sea la acción y el esfuerzo del pueblo norte-americano que nos devuelve como hermanos a aquellos que como nosotros han

últimas ediciones, bastante espaciadas, circularon durante los tres primeros meses de 1897.

⁵⁴ *De Arístides Agüero a Tomás Estrada Palma*, Quito, 18 de marzo de 1897. Correspondencia Diplomática, Vol. II: 91. Respecto a las circunstancias de los chilenos que se integraron al Ejército Libertador cubano, ver a Ricardo López Muñoz, “Nacionalismo y americanismo entre los voluntarios chilenos en el Ejército Libertador de Cuba durante su segunda guerra de independencia (1895 – 1898)”, *Revista de Indias*, en prensa.

⁵⁵ *La Lei*, Santiago 28 de abril de 1898.

⁵⁶ La “Resolución Conjunta” aprobada por el Congreso norteamericano el 18 de abril de 1898 tuvo su origen en la explosión de un navío de guerra norteamericano en el puerto de La Habana y la muerte de doscientos sesenta y seis de sus tripulantes. La Resolución, además de declarar que “el pueblo de la isla de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente”, exigía del gobierno español su retirada de la isla, autorizaba al presidente a movilizar fuerzas militares para llevar a efecto la Resolución, y declaraba que los Estados Unidos no pretendían ejercer su dominio sobre Cuba. Ver “La Resolución Conjunta (Joint Resolution)”, en *Textos sobre Historia de Cuba. Para la formación y superación de maestros y profesores*, Ed. Horacio Díaz Pendás (La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 2009), 84-86.



sufrido idénticos dolores y los han agitado idénticas esperanzas!".⁵⁷ Finalmente, la noticia del desembarco de tropas norteamericanas en la isla, de la destrucción de la escuadra española frente a Santiago de Cuba y de la ocupación del territorio por el nuevo invasor, fue percibida por la mayoría de los chilenos -que apoyaban a los independentistas- como el comienzo de la liberación de la isla, cesando las manifestaciones de solidaridad. Solo unos pocos tuvieron la sensación de estar frente a un proceso donde los Estados Unidos no llegaban a las Antillas como liberadores y que, por el contrario, algo de imperial se intuía en su intervención.

CONCLUSIONES

Los hombres y mujeres de condición popular urbana fueron los primeros en manifestar su solidaridad con los insurrectos cubanos. Ellos y ellas conformaban una comunidad que venía desplegando una activa práctica reivindicativa, donde la búsqueda de la igualdad constituía su principal horizonte, en medio de una sociedad donde el gobierno y las élites gestionaban su estratificación con una alta eficiencia. Sensibles a las manifestaciones de desigualdad y de ausencia de libertad desde distintas perspectivas ideológicas, interpretaron la insurrección como un proceso homologable a sus luchas, convocando a apoyarla. Además comprendieron que dicho apoyo no podía limitarse sólo a ellos. Por lo tanto también apelaron a una movilización que involucrase a todos, incluso al Gobierno. Con sus tempranas iniciativas solidarias, dieron curso a la idea de que cualquiera fuera el estatus de quienes integraban la nación, debían necesariamente sentirse interpelados por un proceso orientado a alcanzar la libertad en un sentido nacional y anticolonial, sin que ello estuviera en contradicción con la percepción de que las reivindicaciones de los cubanos formaban parte de sus propias demandas como grupo social.

A este movimiento solidario se integró una parte de los sectores medios, sobre todo en las provincias, que de manera espontánea manifestaron su apoyo a la causa cubana, apelando a su homologación con el proceso independentista chileno e hispanoamericano acontecido hacía casi un siglo. En general sus actores asumieron como lógico apoyar una insurrección que tenía este mismo objetivo, reflejando una lectura americanista del discurso vigente acerca de la nación chilena. Desde esta misma perspectiva, reducidos sectores ilustrados, cercanos o que formaban parte de las élites, se organizaron para expresar su apoyo a los cubanos, invocando una ya olvidada pero vigorosa cultura americanista que había permeado en la década del sesenta a la mayor parte de las élites y que había estructurado la política nacional de defensa de la soberanía de los países entonces agredidos por algunas potencias europeas y que también se había manifestado por la independencia de Cuba. Para ello crearon la *Sociedad Unión Americana*, una agrupación con el mismo nombre de la que aglutinara a los americanistas de tres décadas atrás, demostrando así que aún entre un pequeño sector de las élites más ilustradas tenía aún vigencia un americanismo de impronta nacional.

De esta manera se configuró un heterogéneo movimiento solidario que se tomó las calles, movilizó la opinión de las provincias, y se introdujo en la sociabilidad de las élites, generando con sus prácticas un relato que apelaba a la idea de una nación de raigambre americana, donde los plebeyos también tenían un lugar, y donde todos, cualquiera fuera el origen social, podían interactuar para apoyar una causa que había sido la misma de Chile, más allá de las lecturas

⁵⁷ *La Lei*, Santiago, 12 de junio de 1898.



particulares que podían hacer sus diversos actores respecto a las razones de la insurrección cubana.

Pero para el grueso de las élites –y su gobierno- este movimiento constituyó una interpelación intolerable a sus autopercepciones y a la visión que tenían del país que gestionaban. Con la represión al acto programado en el Teatro Municipal de Santiago evidenciaron su voluntad de no aceptar cuestionamientos al estatus que habían alcanzado ni a los soportes simbólicos y discursivos de su distinción, arrogancia, y clasismo que las caracterizaban. En el país que concebían no había espacio para los “rotos” y los advenedizos, sino en calidad de subordinados. Menos aún les era posible asimilar la idea de ser parte de una comunidad continental que percibían inferior. De esta manera, el movimiento solidario con la causa cubana colisionó con un formidable y eficiente adversario, a partir de diferencias que evidenciaban dos discursos distintos respecto a la nación que imaginaban.

Por otra parte, sin duda había diferencias al interior del movimiento solidario con Cuba. Éstas estaban relacionadas con las formas de organización de cada grupo, sus objetivos, su lugar dentro de la política nacional, y la capacidad que tenían para darle sustentabilidad a sus orgánicas. El movimiento popular urbano acumulaba ya una experiencia de luchas reivindicativas que había tenido su más relevante expresión en la huelga general de 1890. Pero sus formas de organización eran múltiples, y no necesariamente convergentes desde sus programas, bases ideológicas y capacidad de movilización. Por lo demás, para cada agrupación la solidaridad con Cuba era uno de los múltiples frentes de lucha que debían abordar. Por su parte, los sectores medios, si bien contaban con espacios de expresión y eventualmente con agrupaciones políticas que los interpretaban, como los partidos Radical y Liberal balmacedista, se condujeron casi siempre de manera reactiva ante los llamados que indistintamente provenían de las agrupaciones populares, o de la *Sociedad Unión Americana*. Esta última sería en definitiva la más estable en relación con la solidaridad, la que sostendría lazos estrechos con el PRC y su representante en Chile, y la que pudo –de manera muy limitada y casi siempre de manera infructuosa- penetrar las pétreas paredes de la atalaya donde se refugiaban las élites. Su composición social así se lo permitió.

Pero como quiera que fuera, los actores de la solidaridad con Cuba pusieron de manifiesto con sus iniciativas que entre ellos existía un relato acerca de la nación distinto al que habían desarrollado y decantado las élites, sobre todo en la segunda mitad del siglo. Este relato apelaba a una nación solidaria, plebeya, inclusiva y americana. Y no podía ser de otra manera. Solo sobre esa base el más humilde niño suplementero, el obrero y el artesano, los habitantes de las provincias, los estudiantes y los profesores, los militares derrotados en la reciente guerra civil, y quienes aún se sentían parte del americanismo ilustrado de la década del sesenta, podían converger y transitoriamente hermanarse para respaldar un proceso como el cubano, del que se apropiaron de distintas maneras, pero siempre percibiéndolo como algo propio, como algo integrado a la nación que imaginaban, como algo que valía la pena apoyar, e incluso –para algunos- como algo por lo que se podía arriesgar la vida, combatiendo junto a los insurrectos en los campos de Cuba.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CID, Gabriel. *La guerra contra la Confederación. Imaginario nacionalista y memoria colectiva en el siglo XIX chileno*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2011.



- DÍAZ Pendás, Horacio, Ed. *Textos sobre Historia de Cuba. Para la formación y superación de maestros y profesores*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 2009.
- FRANCO, José Luciano. *Antonio Maceo, apuntes para una historia de su vida*, 3ª Edición. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1989.
- GONZÁLEZ Le Saux, Marianne. *De empresarios a empleados. Clase media y Estado Docente en Chile, 1810-1920*. Santiago: LOM Ediciones, 2011.
- GREZ Toso, Sergio. “La trayectoria histórica del mutualismo en Chile (1853-1990); apuntes para su estudio.” *Mapocho*, nº 35 (primer semestre 1994): 293-316.
- DE HOSTOS, Eugenio María. *Cartas*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/cartas/html/ee15566c-4b16-11e0-9a85-00163ebf5e63_13.html.
- LÓPEZ Muñoz, Ricardo. *La salvación de la América; Francisco Bilbao y la Intervención Francesa en México*. México D. F.: Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1995.
- _____. “«El único homenaje que nos era permitido: el de nuestros aplausos». Chile ante la anexión de Santo Domingo por España.” *Boletín del Archivo General de la Nación*, Año LXXVII, Vol. XL, nº 141 (enero – abril 2015), 65-102.
- _____. “La solidaridad chilena con la primera guerra de independencia de Cuba: sus tensiones y contradicciones.” *Revista de Historia y Geografía*, nº 32 (2015): 53-76.
- MC EVOY, Carmen. *Guerreros civilizados. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2011.
- ORTIZ Letelier, Fernando. *El movimiento obrero en Chile (1891-1919). Antecedentes*. Madrid: Libros del Meridión, 1985.
- RUIZ Pérez, Sonia y Roberto Pérez Ruiz. *Eugenio María de Hostos. Educador puertorriqueño en Chile*. 2ª Edición. San Juan: Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2006. http://academic.uprm.edu/sruiz/hostos_chile/index.htm.
- SAN FRANCISCO, Alejandro. “«La excepción honrosa de paz y estabilidad, de orden y libertad». La autoimagen política de Chile en el siglo XIX”, *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX*, Eds. Gabriel Cid y Alejandro San Francisco, Vol. 1, 55-84. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2009.
- SUBERCASEAUX, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. 1, 2 y 3. Santiago: Editorial Universitaria, 2011.
- TAGLE Arrate, José Miguel. *Cuba y los principios sobre la beligerancia*. Santiago: Imprenta de “La Democracia”, 1896.
- TORRES-CUEVAS, Eduardo y Oscar Loyola Vega. *Historia de Cuba. 1492-1898. Formación y liberación de la nación*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 2002.
- ZANETTI, Oscar. *Historia mínima de Cuba*. México D. F.: El Colegio de México / Turner Publicaciones, 2013.